

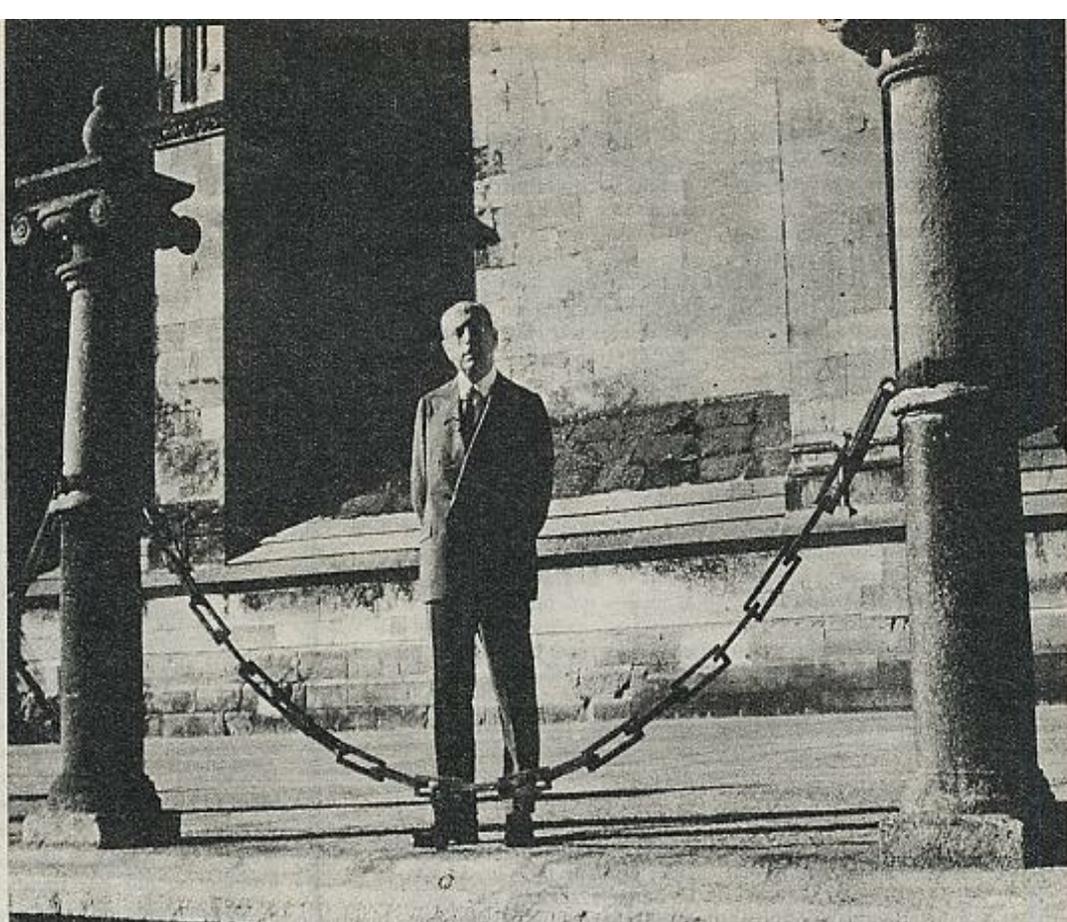
**V**IAJAMOS desde Madrid a Salamanca en coche. Salimos por la autopista de Villalba. Tierno Galván, que ha hecho este recorrido cientos de veces entre los años 1953-1965, época en que fue catedrático en Salamanca, nos indica el camino. Pasamos por Avila. Diserta, sobre todo, sobre Teresa, claro; sobre Juan de la Cruz, naturalmente; pero también sobre el vino de Cebreiros, que nos aconseja para acompañar la cena en Casa Pello.

Tierno Galván vuelve a Salamanca por primera vez desde hace diez años. En 1965 fue expulsado de la Universidad, perdiendo todos sus derechos, porque participó en asambleas de estudiantes de Madrid. Y hoy pasea con nosotros por las rúas salmantinas, evocando los doce años en los que ofreció su enseñanza y su ejemplo a la juventud. La carta de mil cuatrocientas firmas de profesores universitarios, solicitando su reincorporación, así como las de Aranguren y de García Calvo, han sido la justificación moral y psicológica de este fin de semana en Salamanca.

Hablamos de la suerte de los otros catedráticos expulsados: Aranguren, contratado por una Universidad americana, que pasa seis meses en los Estados Unidos y el resto del tiempo descansa y escribe en España; Agustín García Calvo, que ha ido a enseñar a Francia, y que nos proporciona regularmente parte de la mejor literatura que se produce hoy en lengua castellana, ya sea en forma de poéticos sermones, o la excelente presentación que acaba de hacer de la Filosofía en el «boudoir», del marqués de Sade (1).

Tierno Galván da clases en Universidades extranjeras que tienen representaciones en España, como el New York Institut, de Estados Unidos; de la Middelbury, etcétera, además de trabajar en las editoriales Tecnos y Tauros, incidiendo esporádicamente en el periodismo. A la par, y en el tiempo libre que le dejan estas ocupaciones, escribe libros. Todo ello, sin contar sus actividades políticas, frustradas muchas veces, sin que por esto carezcan de impacto —quizá más por esa razón—, situadas en el terreno de un socialismo popular español.

... y vamos recorriendo las calles. Llegamos la víspera por la noche. El portero del hotel lo reconoció inmediatamente: «¿Qué hace usted por aquí, profesor?». Tierno Galván es «el profesor» para todos, tenderos y universitarios. Es hoy oficialmente día festivo. Le saludan bedeles vestidos de paisano, cesteros descendientes de judíos conversos, propietarios de tiendas de antigüedades. A pesar de que pretendía mantener el autodomínio, se le notaba la impresión del regreso a



Diez años después

## TIERNO GALVÁN EN SALAMANCA

Salamanca. Temía no conocerla —había pedido un plano de la ciudad en el hotel—, y quizá que no le recordasen. Pronto metió el plano en el bolsillo y empezó a responder a los saludos.

Llegamos a la plaza de Fonseca, y ante la estatua de fray Luis de León es inevitable la evocación de la frase «Decíamos ayer...». En el año 1576, después de cinco años de separación de Salamanca, fray Luis pudo recuperar su cátedra. «Ahora —dice Tierno— no podría decir "Decíamos ayer", porque él daba a entender que no había pasado nada, mientras que en este caso han pasado muchas cosas, en el orden colectivo y en el individual. Además, la vida para un socialista, aunque su trabajo sea individual, nunca transcurre como la de un monje».

Le proponemos una frase: «Decíamos mañana», aludiendo al esfuerzo que hace para trasponerse desde hoy al futuro.

Surgen viejas anécdotas al doblar una esquina, al descubrir lugares evocadores de sus acciones salmantinas. Aquí se lanzaba el

«Boletín del Seminario de Derecho Político», germen de novedades para la cultura española, envuelta entonces en una compacta malla de tópicos. El «Boletín» sirvió para empezar a agujerear esa malla, y a través de sus rasgaduras empezaron a penetrar ideas europeístas, que ya habían vencido esos tópicos, basados casi todos en un artificioso retroceso al pasado.

¿Y la campaña en su favor? ¿Cuándo será su regreso? El profesor nos explica que su problema es menor, y sólo tiene un valor simbólico. Que nunca se podrá resolver como una parte, sino dentro de un contexto general. Hasta que no se comiencen a corregir los males comunes, reingresar en el escalafón de la Universidad carecería de sentido.

Tierno evoca puntos de vista económicos, políticos, sociales. Da la impresión de un relativo optimismo que apoya en la esperanza (quizá dijera en la comprobación) de que los españoles recobren el sentido de las responsabilidades, el entusiasmo colectivo,

como otras veces ocurrió. Recuerda que cuando la huida de Isabel II, en tiempos de Prim o antes, en el período de Fernando VII, o después, en los últimos meses de la monarquía, los españoles tenían una conciencia paralizada, de desconcierto, pero supieron reaccionar —no sólo para sobrevivir, lo que es hasta cierto modo inevitable—, sino para revivir con especial fuerza y capacidad emprendedora.

Su confianza en el pueblo es casi ilimitada; a veces, enternecedora. Pero la muestra de forma concreta, y es sorprendente que, perteneciendo a una generación de epígonos, haya podido mantenerse tan lejos del aislamiento y de las torres de marfil de los escritores del 98.

Volvemos a Madrid al día siguiente. Tierno vuelve a enfrentarse con sus habituales problemas. Tenía que asistir al Congreso sobre el socialismo europeo, que se celebraba por aquellos días en Lisboa, convocado por el PSP. No obtuvo permiso. Está sin pasaporte... ■ RAMON CHAO.

(1) Ediciones Ruedo Ibérico, París.